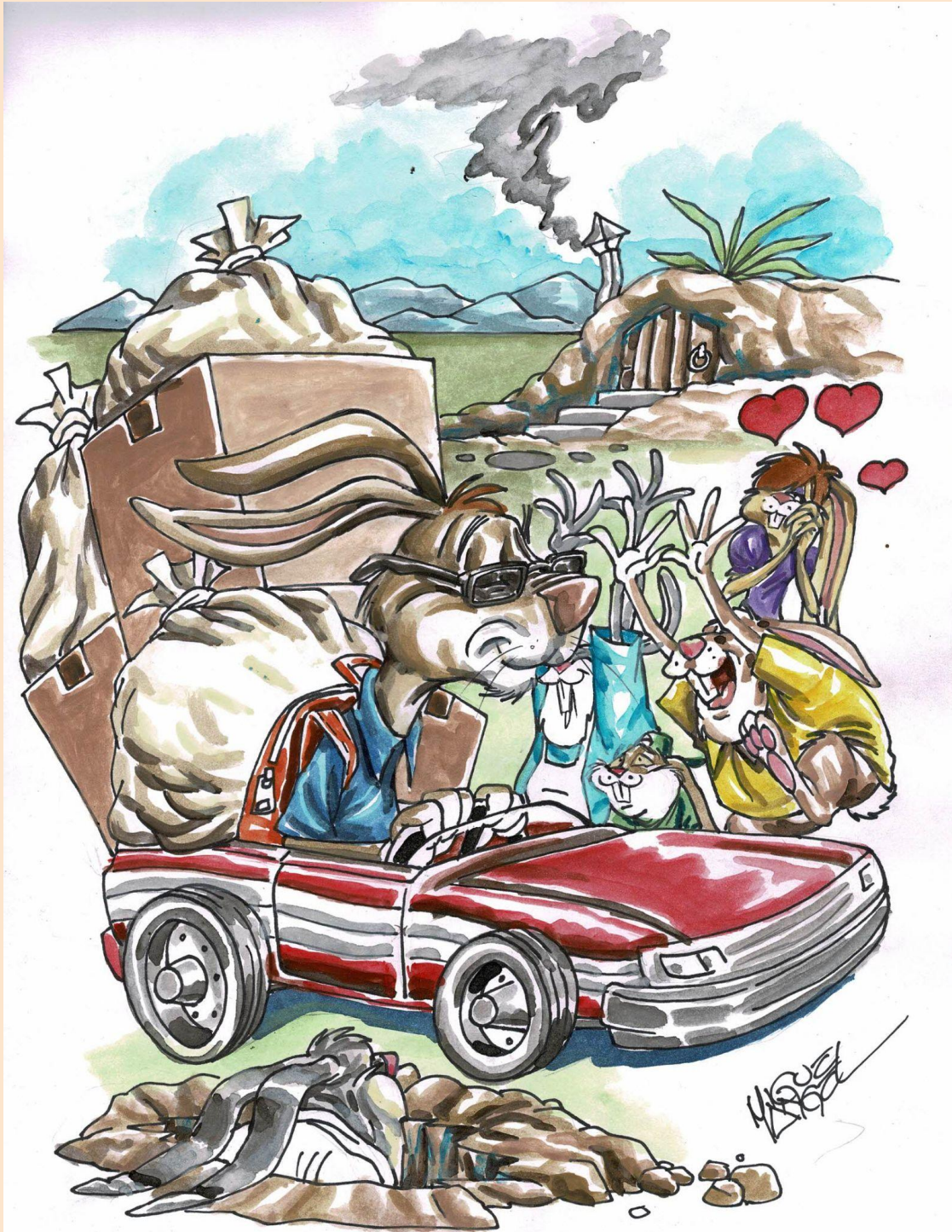


Cola Blanca, el conejo migrante



Miguel A. Izquierdo S.

Ilustraciones de Miguel Ángel

Cola Blanca, el conejo migrante

Autor: Miguel A. Izquierdo S.

Ilustraciones de Miguel Ángel

Revisión del texto: Jazmín Cacheux

Derechos Reservados, México, 2023

Este cuento fue elaborado con apoyo de la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad Morelos, como parte de una línea de creación literaria y difusión de la lectoescritura.

Agradezco especialmente al gran ilustrador Miguel Ángel, sus expresivas imágenes que dan vida al cuento.

Otros cuentos infantiles, libros de relatos y crónicas del autor, en versión digital, están disponibles gratuitamente en el blog:

www.miguelangelizquierdos.wordpress.com

Cola Blanca, el conejo migrante

1

El año de la gran sequía, comprendía un corto período para la vida humana, pero para las manadas de conejos y liebres de los campos de San Tarareo y pueblos vecinos, significaba toda una vida, pues sufrieron tanta hambre y sed, que algunos de sus conejos machos decidieron partir de “mojados” a Estados Unidos, migrar, salir de su tierra.

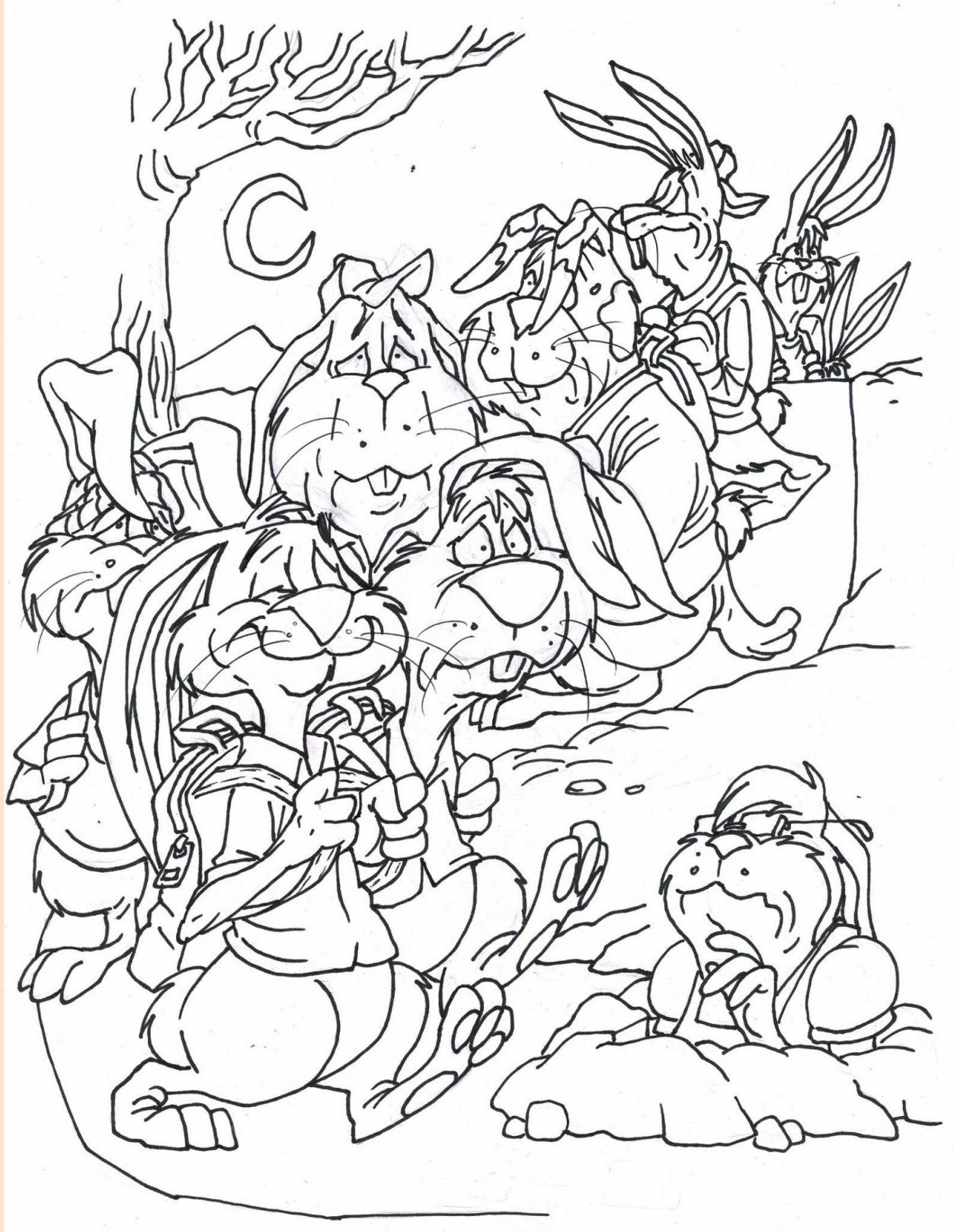
Una fría madrugada, nueve decididos conejos partieron de San Tarareo. Se sospecha que ocho se quedaron a vivir allá, ya que sólo “Cola blanca” regresó al pueblo casi cuatro años más tarde, pues consideró que había logrado lo que se propuso como migrante: ahorrar unos dolaritos para construir su madriguera, comprar regalos para el regreso y ropa para su siguiente paso, casarse. Apenas lo escucharon llegar por el camino, se acercaron vecinos mayores y conejitos pequeños, interesados en saber las novedades que él traía.

Era de admirarse todo en su llegada: venía en un coche de pedales, no como los que años atrás traían quienes regresaban de los Estados Unidos, es decir, cochecitos de dos ruedas como para hacer el mandado o como patines del diablo, de dos ruedas también; el suyo era un coche que parecía nuevecito, de cuatro ruedas, y en la parte trasera traía muchos bultos cuyos contenidos intrigaron a los vecinos.

— “Jelou”, vecinos –les iba diciendo a cada grupito que se le acercaba.

— ¿Y ahora a este qué le pasó? –fue la pregunta de una coneja mayor, Doña Oreja larga, muy dada a criticar–, apenas se fue cuatro años y ya no saluda en español, ¿se le habrá olvidado?

Cola blanca siguió avanzando y al paso, muy sonriente, continuó saludando a todos, hasta que colocó su coche junto al hoyo en que habitaba su familia. Bajó del auto, y empezó a acarrear los



bultos a la puerta de la madriguera, mientras los vecinos se acercaban para darle el abrazo de bienvenida. A cada uno le decía:

— ¡“Jai”, “mai friend”!

— ¿Qué qué, Cola blanca?

— “Jai, jai”—les contestaba, presumiendo su inglés.

El abuelo conejo, Oreja arriscada, expresó para que todos le oyeran, con mucha fuerza y molestia:

— Cola blanca, ¡¿no me digas que se te olvidó el español?! Apenas estuviste cuatro años en los Estados Unidos. ¡Saluda como se debe, somos tus paisanos!

Cola blanca siguió sonriendo, sin hacerle caso, y continuó bajando del coche los bultos que traía. En ese momento salió a recibirlo su mamá, Orejas lindas, lo besó, lo apretó contra su pecho y con lágrimas en los ojos no dejaba de decir: “por fin regresaste, mi amor, creí que ya te había perdido”.

—¡“Jirayam, mom”!—fue la respuesta de Cola blanca, abochornado un poco porque su mamá lo seguía tratando como niño. Acabados los saludos de bienvenida, continuó metiendo los regalos a su hoyo, pero algunos de los bultos no cabían, eran muy anchos. Se rascó la cabeza, luego el pecho y luego la barriga. Al no saber qué hacer, volvió a rascarse. Bueno, sabía que ahí no era el momento de sacar el contenido de los bultos, frente a todos los paisanos de San Tarareo, aunque algunos se lo propusieron, como Doña Oreja larga:

— Saca lo que tienes dentro de los bultos, será más fácil que los acomodes, Cola blanca, y más vale que lo hagas con luz, porque si llega la noche, también vendrán los búhos que nos atacan. Quieras o no tendrás que sacarlos.



— “Dont güorry”, Doña, ya veré cómo hacerlo — le contestó, incómodo por lo comprometida de su situación.

Siguió rascándose por aquí, por allá, y no se le ocurría cómo remediar el problema de meter sus cosas al hoyo, sin que sus vecinos vieran el contenido. Entonces, su sobrina Patitas negras, una conejita inteligente, le dio una idea:

— Tío, ¿qué tal si colocas tus bolsas, con su boca apretada al hoyo, y yo desde adentro voy sacando cada cosa que traigas? Una por una, y las voy metiendo, hasta que acabemos, sin que nadie de estos mirones se enteren de lo que nos trajiste de regalos. ¿Qué te parece, tío Cola blanca?

— No va a poder — dijeron unos, queriendo que sacara todo frente a ellos.

— Imposible. — dijeron otros —, la conejita no podrá meter lo más pesado.

— Va a romper lo que trajiste, sin saber cómo acomodarlo — completaron unos más.

— No te conviene — añadió la intrigante Doña Orejas largas — puede quedarse ella con alguna cosa.

Por lo visto, todos sus vecinos tenían opinión muy segura sobre lo que debía o no debía hacer Cola blanca. Sólo él no se decidía, rascándose por todo el cuerpo, hasta que Patitas negras le aseguró:

— De pura envidia, por metiches o curiosos, no quieren que yo te ayude tío. Para ellos las conejas pequeñas no servimos para nada, pero se equivocan. Yo puedo ayudarte, no tiene por qué ser un problema. ¡Es facilísimo y será muy divertido, ya verás! Ándale, coloca una por una las bolsas con su boca pegada al hoyo.

Con esas razones empezaron a realizar la maniobra con la primera bolsa, mientras sus vecinos murmuraban:

— Sabremos qué mete por la formas que se dibujen cuando se muevan o por el sonido que hagan al chocar las cosas; hay que estar muy silenciosos, de otra manera, no lo sabremos.

Patitas negras estaba metiendo las cosas del primer bulto, muy divertida, pues lo que hacía era en algo parecido a jugar a las escondidas. Lo primero que encontró en el bulto fue un pelador de zanahorias, y mientras lo sacaba desde el fondo de la primera bolsa, sus puntas empujaban la bolsa, por eso los vecinos aseguraban ya unos, ya otros, lo que era, sin verlo:

— Es un cuchillo...No, es un tenedor...No, es una pluma...¡Qué no... es un peine!

Cola blanca hasta entonces se dio cuenta de que su sobrina, Patitas negras, tenía razón, aquello iba a ser muy divertido, escuchando las adivinanzas de sus vecinos metiches. A partir de ahí, cada que Patitas negras sacaba algo de un bulto, él retó a sus vecinos a adivinar:

— “Guesjuat”? A ver, ¡adivinen, curiosos!

— Es un sartén cuadrado...No, es un cuento infantil...No, es una caja de chocolates...No, es una caja de perfume para su novia.

En ese momento, todas las miradas se voltearon hacia las jóvenes conejitas, tratando de adivinar cuál de ellas era la novia de Cola blanca. Éste, en lugar de voltear hacia ellas, prefirió bajar la cabeza, era muy tímido y reservado con sus sentimientos. Había adivinado la que dijo que era una caja de perfume, y sin darse cuenta lo reveló al bajar la cabeza. Todos aplaudieron a la adivinadora, Doña Lomo suave, experta casamentera del pueblo.

Así siguieron por lo menos durante una hora, hasta que terminaron, cuando estaba poniéndose el sol. Se sentían exhaustos y dejando a los curiosos husmear entre los bultos vacíos y el coche de pedales ahí a un lado, tío y sobrina se fueron a merendar con la familia a su hoyo. Hasta entonces los vecinos se retiraron del lugar, a contar a sus familiares sobre todas las cosas que, aseguraron, Cola blanca había traído consigo, aún sin verlas. Le tocaría un gran premio a

Patitas negras por su ingenio y gran ayuda, sí que lo merecía. Ella tenía razón, las conejas pequeñas eran muy hábiles e inteligentes, gracias a ella, Cola blanca se sentía aliviado, no tuvo que exponer ante todos sus regalos ni decir para quiénes eran, menos aquello que había seleccionado con tanto cariño y cuidado, y que dedicaría a su hermosa novia.

2

Al día siguiente, Cola blanca se levantó muy tarde, cansadísimo. Mientras desayunaba con sus papás, hermanas y hermanos solteros, les iba contando las diversas peripecias que había vivido en todo su viaje, desde la partida, estando en Estados Unidos, y en su regreso. Los ojos de sus familiares se iban haciendo más y más grandes, en asombro por lo que contaba, y al darse cuenta de su admiración, Cola blanca consideró muy fácil exagerar su cuento.

— Total —pensó—, ellos no habían ido a Estados Unidos.

No sabrían cuánto de lo que contaba era verdad, y a cuánto le añadía algo de su inventiva. Tantas preguntas le hicieron y a todas las contestó, hasta que se cansó, reclamándoles:

— ¡“Estop, estop”! Voy a necesitar otra comida y otra siestecita, sólo para descansar de sus preguntas y de mis respuestas, y todavía me falta salir al campo, donde los vecinos me preguntarán lo mismo que ustedes, o más todavía. Y tendré que comer otra vez y dormir mucho más para sentirme repuesto del viaje y de todos ustedes, tan preguntones...

— Bueno, te dejaremos descansar, Cola blanca, pero te falta contarnos sobre tu trabajo...

— “Estop”, “estop”...más adelante les iré contando. Es hora de comer.

Esa tarde, después de dormir la siesta, Cola blanca salió al campo a estirar sus patas y manos. Iba adormecido y necesitaba espabilarse. Ver el campo de su infancia le llenaba el espíritu, le daba felicidad, le hacía nuevamente sentirse vivo, después de todo lo que había vivido

en Estados Unidos y no había contado aún, o no quería contar... o no podía contar. A su paso por el camino, más y más vecinos se iban juntando a su alrededor, acompañándolo, en especial jóvenes conejas y conejos. Tantos que casi no daba paso sin tener que empujar o pisotear a alguno. Le pidieron insistentemente:

— Cuéntanos cómo son los Estados Unidos, ¡cuéntanos!

Se dio cuenta que no podría evitarlos y que no lo dejarían regresar sin contarles al menos algo de su viaje. Por eso les contestó:

— Okei, okei, bueno, vayamos ahí a la sombra de aquel amate verde, al menos ahí podremos sentarnos o acostarnos, como gusten, mientras les cuento de mi viaje.

— ¡Vamos, vamos!— y corrieron todos para ganar un buen lugar y escucharlo de cerca.

— Siéntate aquí —decían unos, —siéntate acá —reclamaban otros.

— “Ueitaminiut”, “ueitaminiut”, ahí voy, ahí voy, cálmense — comentó mientras a paso lento, se les acercaba.

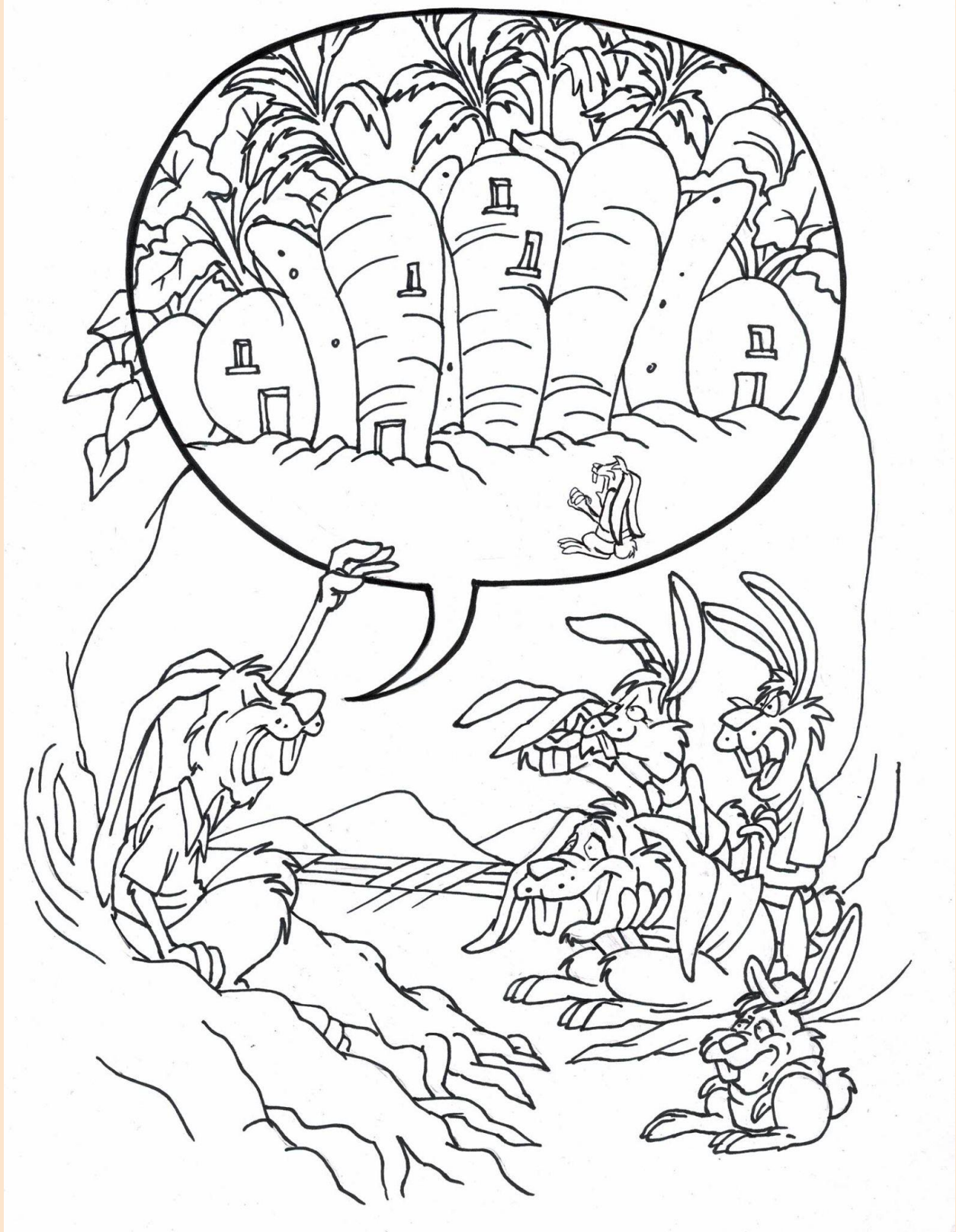
Eligió sentarse sobre una hermosa raíz, pues en caso de darle sueño, podría tomarla como almohada para dormir, tan cansado estaba de su viaje de regreso. Una vez que estuvo cómodo, empezó a contarles:

— “Uel”, “uel”, bueno, hoy les hablaré de la primera ciudad que conocí, Chicago. ¿Les parece?

— ¡Sí, sí! ¿Cómo es? ¿Es verdad que tiene edificios grandísimos, muy pegados entre sí?

— Así es, sus edificios son gigantes zanahorias, enormes pepinos, espectaculares remolachas. Como cien veces más grandes que las de acá. Para donde vayas hay comida de sobra para los visitantes.

— ¿De verdad? ¿No que eran de ladrillo y vidrio como los de acá?



— ¿Cómo creen, “maifrends”? Son como les digo, fantásticas verduras que en años no nos las acabaríamos entre todos. Hay para miles y miles de nosotros, disponibles para comer en cualquier parque de esa linda ciudad de Chicago.

— ¿Y a poco los conejos gringos no las comen? ¿Las dejan ahí paradas nada más esperándote?

— “Notso”; no es así, también las comen, pero apenas se comen una, ya está la otra creciendo en su lugar, muy velozmente, pues usan un fertilizante que las hace crecer sobremanera. Entonces, hay para todos, hasta para nosotros también...A Chicago hay quien la llama *Latinia*, por tantos latinos que viven ahí, y también *El Manzanar*, porque hay manzanares por cientos en sus jardines, y caen frutas todo el tiempo, de sobra para satisfacer tu hambre, por mucha que tengas, siempre sobran. Tú paseas por las calles, extiendes la pata o la mano, y recoges en cualquier lado tu manzana y puedes comerla, son públicas.

Todos a su alrededor abrían los ojos con gran tamaño, y levantaban las orejas, admirados, como si estuvieran viendo aquellos prodigios de esa ciudad maravillosa. Entonces, uno de ellos se levantó e hizo un gran brinco, como alcanzando la punta de una gran zanahoria para bajarla y comérsela. Lo hizo gritando:

— ¡Esta zanahoria gigantesca es mía!

Otra coneja lo imitó y al saltar gritaba:

— ¡Este coloso pepino es mío!

Un pequeño conejo que les acompañaba y aún no saltaba muy alto, decidió levantar su mano y gritar:

— Esta manzana gigante es mía, si quieren les convido, pero si me dan un pedazo de sus verduras.

Siguieron los saltarines haciendo de las suyas:

— ¡Esta descomunal remolacha es mía! —y así hicieron cada uno de los treinta conejos y conejas jóvenes que escuchaban a Cola blanca, imaginando tirar una verdura enorme para comérsela ahí mismo.

Aquello era un relajo de conejos saltando por los aires y cayendo por todos lados de las raíces de amate verde. Cola blanca se sintió orgulloso de la alegría que había provocado con exagerar, al contarles su paso por Chicago, antes de irse a Nueva York. Su partida a Nueva York se las contaría en alguna otra tarde, por lo pronto los dejó practicando ese nuevo juego de alcanzar la punta de la verdura más grande del gran manzanar. Así que se fue a descansar a su casa, pues todavía le dolía el cuerpo por las tensiones acumuladas en el largo viaje de regreso, y que se concentraban en los músculos de su cuello y espalda. Se dijo:

— ¡Ah qué delicia es ver crecer a la manada libre, alegre, juguetona! ¡Ojalá nunca tengan que salir de aquí, ojalá nunca tengan que ser migrantes!

3

Al siguiente día, cerca del hoyo de Cola blanca, lo esperaban las ocho conejas cuyos maridos o novios se habían ido junto con él a los Estados Unidos y no habían regresado. Como no tenían noticias de ellos, su pena era muy grande, y no encontraban manera de comunicarse con ellos para saber cómo estaban. Se les veía apretándose los dedos de las manos, nerviosas, queriendo saber lo que Cola blanca pudiera contarles de ellos. Su esperanza era que durante esos tres años hubieran vivido juntos, y él supiera todo sobre ellos.

Cuando salió Cola blanca de su hoyo, le dio por tallarse los párpados para quitarse las lagañas, se limpió los bigotes, y luego, sin advertir que ellas estaban cerca, hizo unos ejercicios calisténicos para desperezarse y soltó un fuerte chillido para calentar su voz.

—¡Ay! —gritaron algunas de las conejas, tapándose los oídos.

—¡Auch! “Sorry”, disculpen —dijo, Cola blanca— no sabía que andaban por ahí.

—No tenga cuidado —dijo la mayor de ellas— buenos días, joven Cola blanca. Queremos hablar con usted.

—Buenos días, señoras, ¿qué se les ofrece?

—¿Sabe...? Muy bien recordamos que usted se fue junto con nuestros maridos o novios a los Estados Unidos, y nos gustaría que nos dé razón de ellos, ¿no sabemos aún qué les habrá pasado, estamos angustiadas! Háblenos, por favor, ¿cómo están y cómo los dejó antes de regresar a nuestro pueblo?

Cola blanca bajó la cabeza y se la empezó a rascar: esperaba esa pregunta, pero no tan pronto. Desde hacía meses, cuando emprendió su regreso, se preguntaba cómo iba a responderles. Sospechaba que ellas tendrían tan graves preocupaciones, y de inmediato pensó que debería cuidar mucho lo que les dijera. ¡Era muy importante para ellas! Supo que necesitaba unos segundos para escoger las palabras apropiadas para comunicarles lo que sabía de ellos, por eso les propuso:

— Vayamos a aquella sombra del tepehuaje, allí les diré lo que sé — y mientras caminaba, iba preparando su respuesta.

— Estamos listas, nos urge que nos diga lo que sabe de ellos —se animó a apurarlo la novia más joven entre ellas.

— Señoras y señoritas, sé poco, pero aunque sea poco, poquito que sea..., como es muy importante para ustedes procuraré que nada de lo que sé, se me olvide —se notaba muy nervioso y por eso le daba la vuelta a una respuesta directa.

— Díganos ya sobre cada uno de ellos —insistió otra, con ojos de súplica.

—Pues salimos todos juntos de San Tarareo, salte que salte por las cercas y pasando con cuidado las carreteras, llegamos a El Puerto, nos dirigimos a la planta empacadora de flores que las exporta para los Estados Unidos. Ahí vimos que había embarques para varios estados, unos para Texas, otros para Georgia, unos más para Chicago, otros para Nueva York y California. En ese momento, cada quien fue eligiendo a qué embarque meterse de polizón, y cuando ya mero nos separábamos, Patitas veloces nos hizo ver que separarnos en ese momento era un gran error, que al menos debíamos salir juntos a un mismo destino y llegando allá, podríamos separarnos como cada quien gustara, que lo importante era cruzar juntos la frontera para librar la migra, y para saber lo que pasaría con cada quien. Nos miramos unos a otros, y nos convencimos de que Patitas veloces tenía razón, así que aplaudimos su consejo y nos embarcamos juntos a Chicago.

Cola blanca interrumpió su relato, estaba por empezar algo de lo más difícil de contar, y antes tenía que tomar fuerza, respirando profundamente.

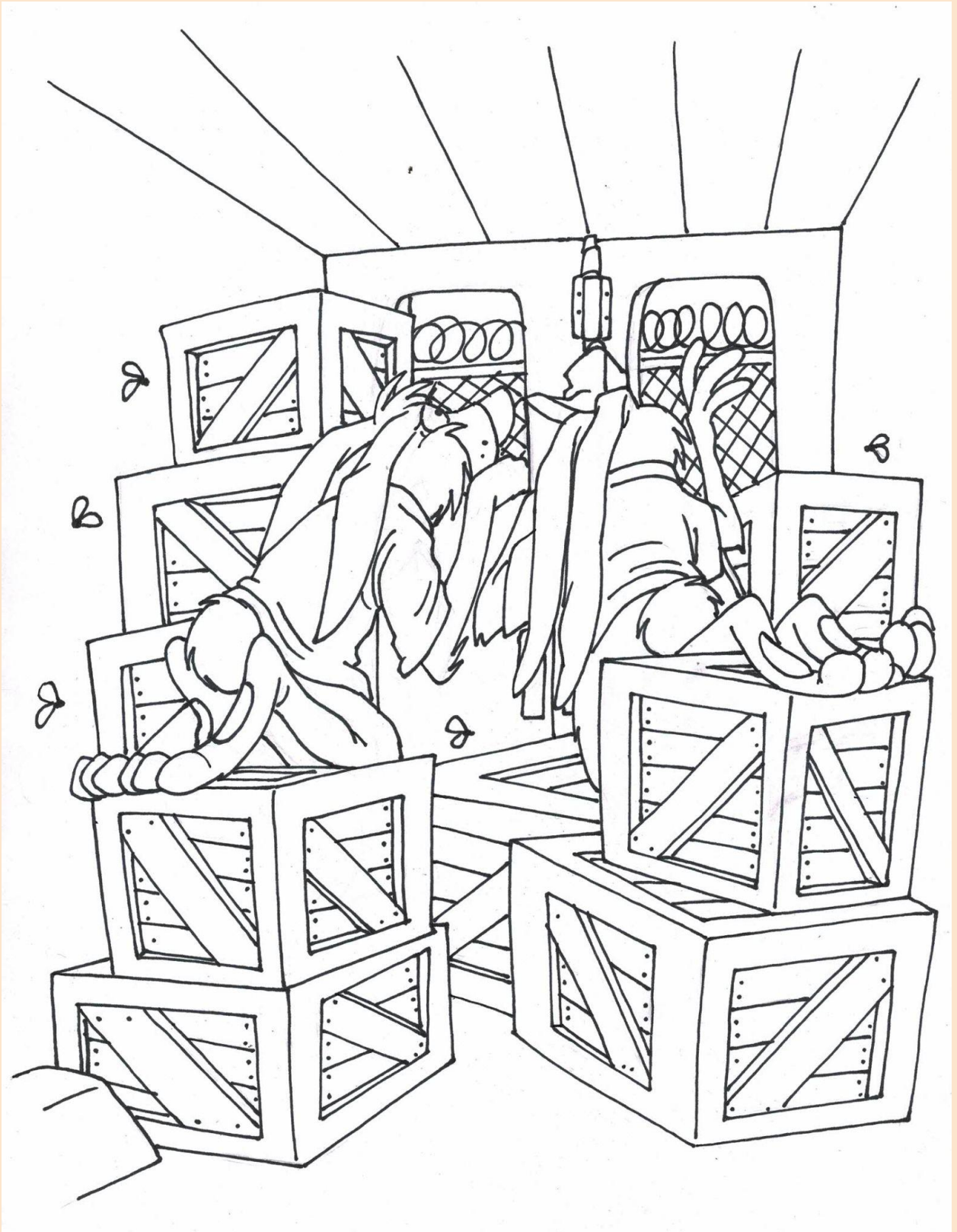
—¡Síguele, síguele! Todavía no nos has dicho nada de lo que nos interesa. Nos tienes a todas nerviosas, ya queremos saber de ellos.

Cola blanca, antes de proseguir, volvió a respirar con profundidad:

—Nosotros no sabíamos que las flores las transportan en enormes refrigeradores, y desde que entramos, a escondidas a uno de ellos, sentimos un frío congelante. Nos arrimamos unos a otros para calentarnos y hasta nos encimábamos entre nosotros. Los de las orillas peleaban para pasarse al centro de nuestro grupo, donde no pasaba tanto frío. Todos nos divertíamos de hacerlo, parecía un juego de empujar y ganar el centro.

—¡No queremos saber de sus juegos, queremos saber qué pasó luego, apúrate a contarnos!

—reclamó otra de las señoras.



—Luego, supongo que llevaron el refrigerador al aeropuerto, y ahí se entretuvo muchísimo, por lo menos un día, y nosotros estábamos pasando un frío que se volvía insoportable. Aunque nos comíamos los rabos de las flores de nardos, de gladiolas, de rosas, no conseguimos entrar en calor. Finalmente despegó el avión y hasta llegar a Chicago, todos helados, nos dimos cuenta de que...—en eso se detuvo.

—¿Por qué te detienes?, ¡sigue, sigue!

—Nos dimos cuenta de que Dientes afilados y Patas largas, estaban congelados, tiesos, ya no se podían mover. Tratamos de animarlos, pero... estaban... muertos. Cuando abrieron el refrigerador para dispersar las flores, tuvimos que huir cada quien por su lado, con la idea que nos dio Patitas veloces, de encontrarnos a la orilla del aeropuerto apenas pudiéramos, en la orilla a donde apuntaba la cola del avión, y luego ya veríamos qué decidir en adelante. Nuestros compañeros Patas largas y Dientes afilados se quedaron allí, tendidos, no pudimos darles sepultura. Lo siento mucho, señoras, señoritas.

Se hizo un silencio doloroso en la reunión, y poco a poco, empezaron a escucharse los gemidos de Orejas grises, esposa de Patas largas, y de Orejas lindas, novia de Dientes afilados. Cola blanca omitió contar que él fue el primero en darse cuenta de que ellos ya no respondían, y que continuó frotando su cuerpo al de ellos con fuerza para darles calor, a ver si volvían a respirar, sin conseguirlo. Entonces alcanzó a preguntar una de ellas:

—¿Estás seguro que eran ellos?

—Sí, señora, eran ellos; de verdad lo siento mucho.

Con lentitud, las dos se fueron, cabizbajas, apoyándose una en la otra, y tras unos momentos de silencio, siguió el relato de Cola blanca.

—Era muy difícil llegar al punto de reunión, por la gran cantidad de personal que había en el aeropuerto orientando a los aviones, y que dio por perseguirnos con furia, con palos y pistolas, como si fuéramos sus enemigos. Como a las dos horas, logramos encontrarnos, cinco de los siete que habíamos llegado vivos en el avión. No aparecían Patas voladoras ni Orejas pintas. Los esperamos toda la noche haciéndoles chillidos para que dieran con nosotros, pero no nos encontraron o algo pasó con ellos. No sabemos qué les sucedió. Perdonen que no les pueda dar más noticias de ellos.

—¿Será que los mataron? —preguntó la esposa de Orejas pintas.

—No lo sé, señora —contestó Cola blanca, esta vez con voz quebrada, muy diferente a la que le habían escuchado antes. Sus hombros se veían caídos, casi ya no podía levantar la cabeza para platicar.

—¿Eran Patas voladoras y Orejas pintas? —preguntó la novia de este último.

—Eran ellos, es cierto; no llegaron con nosotros al punto de reunión.

Las dos afectadas se abrazaron, y paso a paso se retiraron juntas, mientras las demás tratando de consolarlas, les decían en voz baja:

— Ojalá aparezcan pronto, pudieron perderse al tratar de escapar de quienes les perseguían.

Sin embargo, hubo a quien de las que seguían en la reunión no se le escapó el tono de voz de Cola blanca, tan cambiado al dar la última noticia de dos de ellos, pero no insistieron en más detalles sobre esos casos. Eso sí, apremiaron a Cola blanca a contarles sobre sus cuatro restantes compañeros de viaje. Él continuó:

—Quedamos cinco vivos, entonces...

—¿Cómo que sólo cinco vivos? ¿Entonces les mentiste a ellas, diciéndoles que no sabías de los desaparecidos? —Lo atajó con estas graves preguntas la esposa de uno de los restantes.



—Estee..., quise decir, estábamos cinco reunidos... de los que nos alcanzamos a reunir.

—¿Seguro que no mientes? ¿Seguro que no los viste morir?

Cola blanca sudaba, no atinaba a contestar, se le vio un tic en su boca, y apenas alcanzó a decir:

—Se...seguro, no los vi morir —pronunció esas palabras muy débilmente, sin darles la cara.

Ellas se miraron entre sí, pero ya no confiaban en el relato de Cola blanca, tan descompuesto en su voz y en la manera en que se contradecía. Sin embargo, les apuraba saber acerca de sus parejas, por eso le pidieron que avanzara.

—Los cinco decidimos probar suerte en Chicago, pues nos habían dicho que sobraba comida por esa ciudad y en muchos parques públicos, que habría dónde vivir. Así que esperamos a que se hiciera de noche y juntos nos internamos en la ciudad. Esa misma noche dimos con un parque con bastantes plantas que comer. De inmediato, Patitas veloces nos hizo notar que las plantas y los arbustos estaban muy bien ordenadas y cuidadas, y que el pasto estaba recortado con sumo cuidado. También nos dijo que para que no nos atacaran los jardineros, debíamos ayudarles en sus tareas, recortando con cuidado el pasto y las ramas sobrantes de las plantas, a la vez que comíamos. Eso hicimos los siguientes días y nos dimos cuenta de que la idea de Patitas veloces era genial, como si se hubiera puesto de acuerdo con los jardineros, pues no nos hicieron la guerra y nos dejaban pastar y comer, incluso durante el día.

—Pero, ¿qué pasó con los otros? Cuéntanos, Cola blanca, ya cuéntanos.

—Tenía que decirles esto para que entendieran por qué unas semanas después, uno de los jardineros nos comentó que tenía un amigo granjero, quien estaba contratando trabajadores del campo para desbrozar las malas hierbas, durante las noches, y que daba buena paga. Él podría llevarnos allá, hasta Nueva York, si queríamos, y si le pagábamos unos cuantos dólares para el transporte. Como todavía no teníamos dólares, le propusimos pagar con la primera vez que

recibiéramos dinero en la granja, y estuvo de acuerdo. Nos llevó allá a los cinco, en una caja de alambre, dentro de un compartimento donde iban sus mascotas, que por fortuna no era un refrigerador. Al llegar a Nueva York subió la caja en un taxi y nos fue a entregar a un granjero que cultivaba varias plantas y frutales, en una zona agrícola orgánica, al menos eso dijo el jardinero que nos llevó.

—¿Y luego? ¡Ya dinos qué pasó con nuestros novios y maridos!

—Estee... —y volvió Cola blanca a rascarse la cabeza y los hombros—, pues el jardinero nos traicionó. Al entregarnos al granjero no nos liberó, nos dejó enjaulados a las órdenes de él. Vimos que el dueño de la granja agrícola le entregó unos billetes al jardinero. Y apenas estuvo a solas con nosotros, ordenó:

—Van a trabajar, desde que anochezca, hasta poco antes del primer turno. Van a desbrozar los campos de cultivos, y para mantener totalmente aseada la granja, deberán orinar y hacer sus caquitas en los botes especiales que hemos colocado por todas partes, a quien no cumpla esta condición, le quitaré un dólar de su salario, cada vez que desobedezca. Nadie puede salir de la granja sin mi permiso, hay cercas eléctricas para quien intente escaparse. Su paga la recibirán los domingos por la mañana, tendrán descanso todos los días, pero sólo mientras trabajan los primeros dos turnos de trabajadores.

—¿O sea que no descansaremos ninguna noche? —preguntó Patitas veloces en nombre de todos.

—Ninguna, las noches son para trabajar, las malas hierbas crecen todas las noches y todos los días—le contestó enojado el granjero.

—¿Podemos elegir trabajar con otro granjero del rumbo? —volvió a preguntarle Patitas veloces.

—Ya eligieron trabajar conmigo y no hay marcha atrás—le contestó burlesco el granjero.



—¿Cuándo tendremos vacaciones? —volvió a preguntar Patitas veloces.

—¿Vacaciones? ¿Qué es eso? —volvió a expresar con sorna el granjero.

Las cuatro mujeres cada vez más indignadas, por lo que había sucedido con sus novios o esposos, le ordenaron a Cola blanca que continuara el relato:

—¡Sigue, sigue!

—Esa misma noche empezamos a trabajar. Lo que primero nos enseñaron fue cómo usar los mingitorios y los excusados, que habían colocado en muchos lugares de la granja, porque decían que era una granja muy “orgánica” e “higiénica”. Empezamos a trabajar asustados, enojados, arrepentidos por dejarnos engañar por aquel jardinero que nos entregó a una persona maléfica. Cuando nos daban ganas de orinar o de hacer caca, no podíamos, por miedo a no atinarle al depósito y a que nos descontaran un dólar. En la madrugada ya no aguantamos las ganas, y buscamos auxiliarnos, diciéndonos unos a los otros si al ponerse a descargar, le estábamos atinando o no a esos depósitos. Acabamos riéndonos todos, unos de los gestos de los otros; hasta entonces pudimos seguir trabajando, ya sin tanta preocupación, pero sí angustiados de lo que sería nuestro futuro y de si podríamos alguna vez volver a casa con nuestras amadas.

—¿O sea que estuvieron esclavizados? —preguntó la novia de Patitas veloces.

—Pues se puede decir que sí, así fue...

—¿En la tierra donde tienen una enorme estatua de la libertad?

—Allí mismo, señorita Nariz morena. Veíamos la estatua a lo lejos desde la granja. En esas condiciones, trabajamos noche tras noche, sin poder salir a pasear de día, pues los perros del granjero estaban entrenados para atraparnos si lo hacíamos y entregarnos al patrón, quien en esos casos, muy feliz, nos descontaba un dólar, y nos mandaba a la guarida que teníamos debajo de las perreras.

Las señoritas y señoras hacían comentarios entre ellas, enfurecidas unas, otras un poco contenidas: “eran esclavos”, “les trataban peor que animales”, “no podían salir a la luz del sol”, “no eran libres”. Una de ellas volvió a suplicarle, pero ahora muy comprensiva de lo que habían vivido sus conejos:

—Siga, por favor, aunque nos duela lo que cuente.

—A los dos años de malvivir así, como esclavos, empezamos a hacer nuestro plan de escape. Tuvimos claro que la única manera de evitar los cables eléctricos que estaban alrededor de toda la granja, justo para que no nos escapáramos, era montarnos de una de las camionetas que entraban y salían de la granja, cada semana. Así que nos dedicamos a estudiar sus horarios de entrada, de salida, el camino que tomaban dentro de la granja, cuántas personas las operaban y en qué lugar deberíamos abordar una de ellas el día de la huída. En eso llevábamos varios meses, hasta que Narices saltonas, el joven curioso de nuestro grupo, escuchó que el chofer de una de esas camionetas, mientras pagaba dólares al granjero, le felicitó por apoyar la producción industrial de perfumes y de fertilizantes de la región, gracias a la gran calidad de orines y cacas de conejos que se producía en nuestra granja. Nos sorprendimos los cinco: no era por higiene que nos habían puesto todos esos depósitos para nuestros orines y heces, era para hacerse más ricos, otro gran negocio que le daba muchos dólares al granjero. ¡Nos tenía doblemente esclavizados! ¡Nos pagaba por un solo trabajo, y obtenía doble ganancia!

En esos momentos, las señoras y las señoritas conejas, se enojaron doblemente, se pusieron furiosas por tanto descaro al sacar provecho de ellos. Cola blanca continuó:

—¡Allá compran lo que aquí desprecian o tiran, o se avergüenzan de eso! Eso nos hizo enojar demasiado, nos puso furiosos, por lo que aceleramos nuestros planes de fuga, era por demás injusto lo que estábamos sufriendo: nos explotaban y esquilaban. Teníamos que acabar con esa

insoponible situación. Dos de nuestros compañeros, Patas saltadoras y Orejas caídas, habían estado entrenando a saltar cada vez más alto, hasta que supimos que tenían su propio plan de huida, saltando la cerca de alambre electrificada. Para conseguirlo necesitaban que los demás distrajeramos a los perros, mientras ellos corrían hacia la cerca, para saltarla. Nos lo suplicaron y después de mucho discutirlo, tuvimos que aceptar su deseo, a pesar de que era un plan que funcionaba sólo para ellos, pues Patitas veloces y yo, no saltábamos tan alto como ellos ya habían logrado aprender. Así que una noche, mientras trabajábamos, nos avisaron que ya estaban listos, que fuéramos en busca de los perros para distraerlos, mientras ellos huían saltando. Patitas veloces, Orejas levantadas y yo les ayudamos como nos pidieron; hicimos nuestro mejor esfuerzo para que no nos atraparan hasta que nos agotamos y nos alcanzaron. Cuando nos llevaron con el patrón, él estaba gritando y farfullando, echándonos la culpa de lo sucedido: nuestros amigos se habían asustado al tener a los perros detrás, y cuando dieron el salto a la cerca, no lograron pasarla, y quedaron ahí electrocutados, hasta que el patrón mandó quitar la corriente eléctrica y los destrabaron, ya muertos. Quedamos devastados con la noticia. Nuestros queridos amigos encontraron la muerte, buscando liberarse de la esclavitud. Aunque los perros nos seguían amenazando con sus fauces hambrientas, nuestra pena era tan grande que no nos importaba lo que nos hicieran.

Cola blanca calló, suspiró profundamente varias veces, sin saber cómo continuar. Esta vez omitió contar a las señoras y novias que él influyó mucho, convenciendo a Patitas veloces, de cooperar con los escapistas, aunque ellos dos no pudieran aprovecharse de esa opción, eran sus amigos y había que apoyarles. La esposa de Patas saltadoras y la novia de Orejas caídas, sólo podían llorar. Después de un minuto, la novia de Orejas caídas, llamada Orejas animadas, preguntó con voz muy débil:

—¿Dónde quedaron sus cuerpos?

—Quedaron...perdón, pero no quedaron, se los...dieron a...los...perros —y en ese momento Cola blanca se cubrió la cara, llorando ruidosamente. No podía más con aquél relato trágico. Pasaron varios minutos, las cuatro conejas presentes sintieron también el profundo dolor de Cola blanca y aguardaron lo necesario para escuchar las noticias respecto a Patitas veloces. Y así continuó:

—A finales de nuestro tercer año en la granja, un día después del Día de Acción de Gracias, llegó la camioneta y aprovechamos un momento de descuido del patrón, de su personal y de los perros que les hacían ronda, nos trepamos en ella a escondidas cuando terminaban de cargarla. Así logramos huir de aquél horror que no deseo para nadie. Al llegar a la empresa de productos orgánicos y mientras bajaban los toneles con nuestro poderoso fertilizante, salimos de la camioneta y sin muchas dificultades nos internamos en sus campos, enteramente libres. Fue una sensación incomparable que no veíamos cuándo íbamos a lograr. Tras cinco días de deambular por esos campos, ya mejor alimentados y con mejor ánimo para decidir sobre nuestro siguiente plan, Patitas veloces y yo reposábamos el almuerzo bajo un manzano cuando me anunció:

—Cola blanca, ya me has dicho que quieres regresar muy pronto a San Tarareo y te entiendo, yo mismo quiero hacerlo, pero siento el deber de informar a todo el mundo, por la televisión, la radio y mediante las asociaciones de trabajadores, que hay una granja con esclavos aquí en Nueva York, a unos cuantos kilómetros de la estatua de la libertad. No es justo que sigan explotando a tantos seres, día y noche, sin ver la luz, o sin ver a sus familias, sin vacaciones. Eso no es vida. Así que vete, Cola blanca, pronto te alcanzaré, pero necesito denunciar lo que pasa en esos campos de horror.

—¿Entonces, mi marido se quedó en Nueva York, mi Patitas veloces? —preguntó su esposa.

—Sí, tomó su camino después de darme un abrazo y desearme suerte en mi regreso. Yo me quedé ahí un largo rato, viéndolo cruzar por los campos. Espero que haya conseguido su propósito, aunque él sabe que el camino de comunicar al mundo lo inhumano de las condiciones de vida de nosotros los migrantes, los trabajadores, es largo y sinuoso, aunque haya muchos ciudadanos de allá mismo, que sean esclavizados como lo fuimos nosotros.

—¿Y no lo volviste a ver? —preguntó otra vez su esposa.

—No, tenía esperanza de volverlo a encontrar en el camino de regreso, pero no sucedió. ¿Ustedes saben algo más de él?

Se hizo otra vez un pesado silencio, cesaron las preguntas y respuestas. Las esposas y la novia se retiraron desconsoladas, mientras Cola blanca quedaba ahí, abatido.

4

A la mañana siguiente, Cola blanca sintió la necesidad de ir a platicar a solas con su novia, Orejitas suaves, ya no podía ocultar que era ella la elegida. Le entregó los regalos que le había traído y ella, viendo las ojeras tan oscuras de Cola blanca, observó:

—Seguro que no has dormido después de contarles a las conejas todo lo que sucedió con sus novios y esposos. Pero según sé, ninguna de ellas te preguntó por ti, sobre cómo te sentías, cómo fue tu viaje de regreso, por qué penurias pasaste. Yo estoy feliz de verte, pero sé que te hará mucho bien desahogarte conmigo, por tantas impresiones que debiste vivir durante todo tu viaje. Te escucho, anda, te hará bien que me platiques de ti. Después te platicaré de mí.

Él se maravilló de que se preocupara en él, de que se interesara de verdad en él. Ella lo acarició mientras él descansaba su cabeza en las piernas de ella. Cola blanca cerró sus ojos y en voz muy baja, le compartió sus sentimientos y algunos de sus recuerdos más dolorosos.

—Otro día te contaré de mi pena, mientras estuve esclavizado, hoy no estoy para eso después de lo que platicué anoche. Sin embargo, te contaré del regreso. Al dirigirme hacia acá, todo fue lindo, trabajé por aquí, por allá, iba comprando los regalos con las ganancias, hasta que llegué a la frontera. Ahí me trataron como extraño, todos veían mis bultos con regalos como si fueran de ellos, inventando excusas para dejarlos en sus manos o tratando de distraerme para robarlos. Cualquiera se ofrecía a mover mis maletas, cargar los bultos, todos en bola para no ver quién hacía qué. Por suerte yo había escuchado lo que les pasaba en la frontera a los migrantes que regresaban a México y me previne amarrando todos los bultos entre sí. No pudieron quitarme nada, pero en sus ojos se veía que me querían hincar sus dientes de fieras. Lo mismo hacían los funcionarios de la aduana, los policías de caminos, los empleados de las tiendas donde me detenía en las carreteras...No sé cómo llegué hasta acá, tenía tanto miedo de todos esos lobos y coyotes, como lo tenía de los perros en aquella granja macabra. Y con todo eso, Orejitas suaves, estoy vivo, aquí, contigo, ¿verdad?

Mientras Cola blanca hacía su relato, ella se iba doliendo de lo sucedido, hasta el punto en que derramó unas cuantas lágrimas sólo de imaginar que lo maltrataran a su llegada a México y tan cerca de llegar a San Tarareo. ¡Qué mundo tan envidioso de los que trabajan! Cola blanca se quedó dormido en sus piernas, se sentía tan cansado; ella lo acariciaba con profundo amor.

Esa misma tarde, su mamá quiso hablar con él a solas. Estaba sumamente preocupada: —Hijo, las mamás preferimos saber lo que sucedió a nuestros hijos, más que medias verdades. Por grave que sea la verdad, nos permite dar el siguiente paso en nuestras vidas. Si no la sabemos, la vida se vuelve insoportable, sentimos que tenemos una grave deuda con nuestros hijos al no saber de ellos. Por más doloroso que sea para ti decir qué pasó con tus compañeros en

el aeropuerto de Chicago, díselo a sus familiares. Te lo agradecerán. Anda, vendrán esta noche a escuchar tus palabras, ármate de valor, si yo fuera una de ellas te lo agradecería toda la vida.

Entonces, pensó él, sin duda se habían dado cuenta de sus dudas al expresar lo sucedido y de la contradicción en que cayó al hablar de “los cinco vivos”. Había querido olvidar la escena tantas veces, era una pesadilla que volvía de vez en cuando: los empleados del aeropuerto disparando y corriendo tras sus amigos.

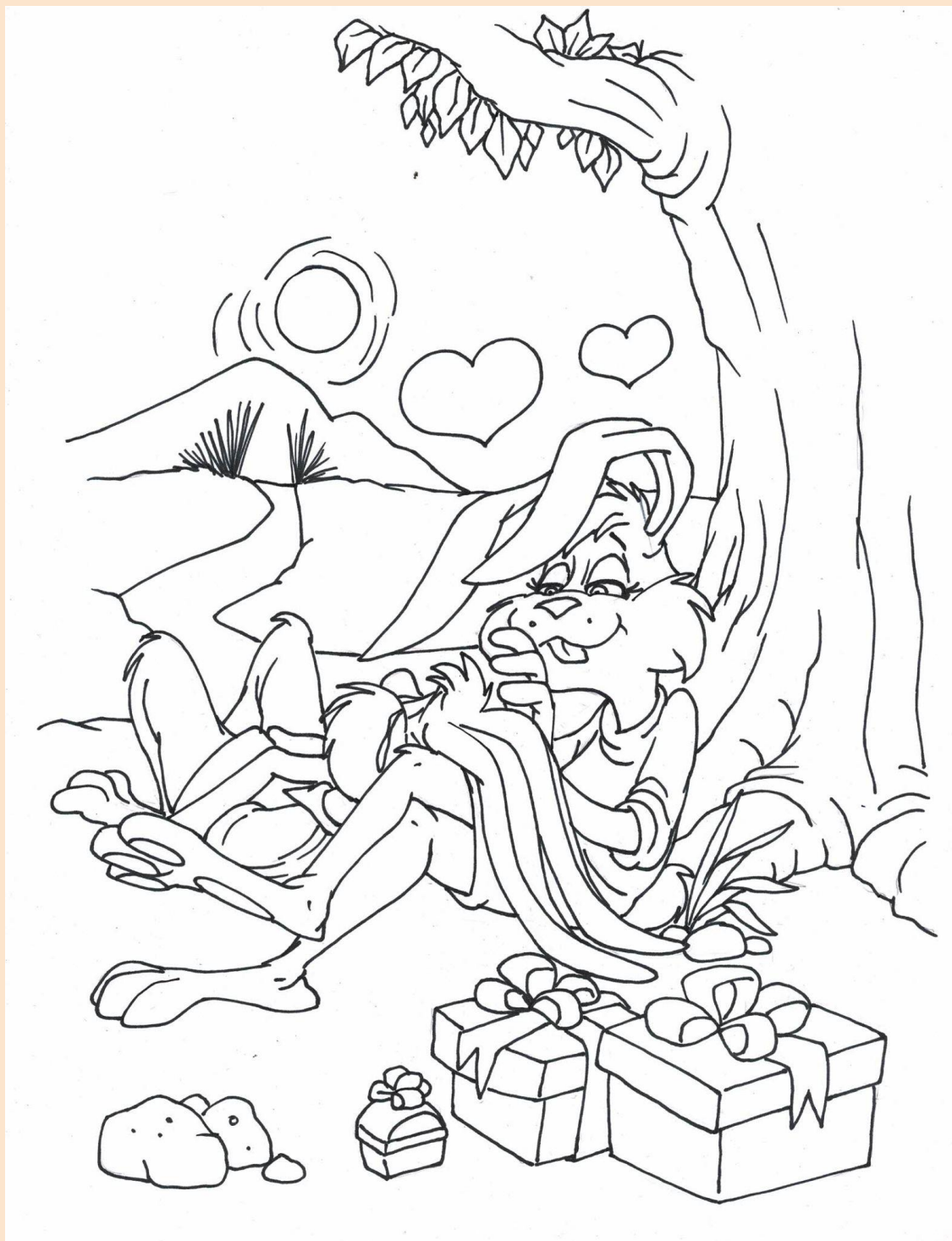
Cuando llegaron sus familiares los recibió junto con su mamá y lo primero que hizo fue pedirles perdón por no haberles dicho todo lo sucedido, pues él creía que de esa manera sería menos doloroso, y continuó:

—En mi huída, pude ver que a uno y a otro les habían alcanzado varios tiros y que estaban tendidos en la pista. Los vi, mientras me escondía detrás de la rueda de un avión, respirando, preparándome para huir y salvar mi vida.

Se quedó en silencio. Su mamá lo abrazó, agradecida, sabiendo el sufrimiento que lo embargaba por haberlo callado durante los últimos tres años. Él se dejó acariciar. Las familiares de Patas voladoras y de Orejas pintas esperaban una noticia semejante. Se abrazaron entre ellas, lloraron, y tras unos minutos agradecieron a Cola blanca y a su madre, la trágica información que recibieron.

Esa noche, agotado como nunca, Cola blanca deseó desaparecer por días y así poder descansar, pues desde su llegada, su congoja mayor estaba precisamente en informar del trágico destino de casi todos sus amigos migrantes. ¿A dónde estaría Patas veloces? Se durmió con esa pregunta flotando en el aire. En su sueño, veía a Patas veloces tomado de las manos de miles de conejos, clausurando las granjas de esclavistas que se aprovechaban del trabajo de sus paisanos y

de tantos otros latinos y trabajadores extranjeros. Mientras eso hacía, Cola blanca le gritaba: ¡te está esperando tu mujer, regresa pronto!, pero no lo escuchaba.



Su novia Orejitas suaves pasó a buscarlo a su hoyo la tarde del día siguiente, pues no lo había visto por ningún lado. Su mamá la invitó a pasar, pidiéndole hablar en voz baja, pues Cola blanca seguía durmiendo plácidamente, llevaba así, casi un día completo.

—Sufrió mucho, y no se ha desahogado completamente—comentó su novia.

—Tanto, que no podía con tanta carga, por fortuna ya pasó lo más delicado, ahora el tiempo podrá sanar sus heridas y los recuerdos del horror de la esclavitud. Tú, Orejitas suaves, le ayudarás para liberarse definitivamente.

—Sí, soy muy afortunada en tenerlo. Otras, perdieron a los suyos y ahora están en duelo permanente. Si algo podemos hacer por los huérfanos, por las novias y las viudas... es contar esta historia y que se sepa lo que vivieron sus amados, que los nombramos, que los recordamos.

FIN